

MS 385
1802/1764

POBRE BICHO

La gente es muy injusta con pobre bichito del exantemático.

Abusan de él porque es chico, vive en barrio modesto y carece de protectores influyentes.

Las señoras, especialmente, le hacen ascos. El desdichado no tiene suerte con las mujeres. Si hablan de él - ¡y caramba que lo hacen a menudo! - es para zaherirlo con las peores injurias. Ni siquiera se atreven a llamarle francamente por su nombre, y, tan pronto como alguien lo recuerda, todas comienzan a agitarse, presas de una verdadera coesón; las manos, después de algunas hipócritas evoluciones para distraer al observador, jugueteando con el manchón o la cartera, desaparecen con rumbos desconocidos; los rostros se congestionan, y los ojos dirigen miradas llenas de desconfianza e inquietud.

Claro que el animalito es algo intruso y esto le resta simpatías. Nacido en un medio humilde, ~~no siempre se conforma con rezarse con la gente de su clase.~~ Un concepto muy acentuado de lucha social - en este se parece a los radicales - lo lleva a atacar a veces a la oligarquía, aunque pertenece a los explotadores "que chupan la sangre al pueblo", como dicen los oradores comunistas. Sin embargo es muchísimo menos peligroso de lo que vulgarmente se cree.

El número de sus víctimas es inferior a la de los automóviles, a los cuales nadie mira con repugnancia.

Si el pobrecito causa daños, lo hace únicamente cuando está enfermo. En estado de salud es inofensivo. ¿qué culpa tiene de enfermarse? A él también le da tífus y lo natural sería tratarlo con la misma humanidad que a los demás enfermos. En vez de eso, se le persigue y se le mata. ¿No es una crueldad, un salvajismo?

Para justificar tan insólito proceder los médicos han tenido que achacar al desventurado díptero, con las más aviesas intenciones.

Un doctor amigo me explicaba hace poco, cómo un exantemático, de

Jado por cualquier cesante en el umbral de una casa podía llegar al tercer piso con el propósito malsano de picar al propietario o a su señora.

- Es cosa averiguada - me decía - que el bicho vive seis días sin comer y que camina a razón de diez metros al día. Antes de la semana ha andado, pues, sesenta metros y lo tiene en el dormitorio más alto de la casa. ¡Hay que tener mucho cuidado!

Se me atreví a preguntarle si el bicho tenía brújula para no perderse en tal expedición, pues lo probable es que se desorienta y desahago al día siguiente el camino que ha hecho el anterior; pero en tiempo de epidemia la gente no está para reflexionar.

Si lo hiciera, llegaría a la misma deducción consoladora de aquel soldado que en la guerra veía siempre una probabilidad de salvación o por lo menos de resignación.

Usted, querido lector, como el soldado, tiene en esta epidemia dos expectativas: O se halla con un cesante o no se encuentra con ninguno. Si no se topa con él, no tiene por qué preocuparse; si se topa, tiene dos expectativas: O se le pega el bicho o no se le pega.

En el segundo caso, no tiene por qué preocuparse. En el primero, tiene nuevamente dos expectativas: O le pica o no le pica.

Si no le pica, no tiene por qué preocuparse. Si le pica tiene, siempre, dos opciones: O el bicho está infestado o no lo está.

Si no lo está, no tiene por qué preocuparse. Si lo está, tiene otras dos alternativas: O contrae el tifus o no lo contrae.

En el segundo caso no tiene por qué preocuparse. En el primero, otra vez tiene dos opciones: O sana o se muere.

Si sana, no tiene por qué preocuparse y si muere.... no puede preocuparse.

Pero ni siquiera hay que apelar a este género de consuelo.

Basta abrir los ojos y mirar con un poco de calma lo que está pe-

sando. Al lado de unos cuantos ciudadanos fallecidos y que tarde o temprano habían de morir, vemos una infinidad de acontecimientos gratos, en los cuales sería grave injusticia no reconocer la benéfica influencia del bichito.

Los niños tienen asueto; los cesantes se bañan en agua caliente; los pobres reciben obsequios de sopa; los médicos perfeccionan sus instalaciones sanitarias; infinidad de ciudadanos encuentran nuevo campo para sus actividades; la gente practica la caridad; los comerciantes venden toda clase de productos químicos; los inventores descubren nuevos desinfectantes; las costureras encuentran trabajo; las litografías imprimen volantes las industrias progresan....

Como siga la epidemia, el país se irá a las nubes, y ¿a quién deberemos este resurgimiento?

Tengamos la valentía y la honradex de confesarlo: Al piojo.

El bicho, con su picada, ha sacudido nuestra inercia, nos ha despertado.

No lo ofendamos; no seamos injustos.

CELIGH UC
Centro de Estudios Científicos y Sociales
Pontificia Universidad Católica de Chile

12 de Agosto de 1933.